

El Deplorable Estado de la Biblioteca Nacional

DECIA el gran filántropo escocés Andrew Carnegie: "El deber imperativo del Estado, es la educación universal de las masas".

Plenamente convencido, desde su adolescencia, que es la biblioteca pública el medio más eficaz que puede

contribuir con la escuela para hacer una realidad de ese deber ineludible del Estado, consagró sus energías y gran parte de sus riquezas a fomentar esa red extraordinaria de bibliotecas populares de Norteamérica, únicas en su clase de organización perfecta, de ambiente agradable, acogedor, atrayente, que haciendo el estudio grato, la investigación fácil, avivan en el niño los deseos de saber: única verdadera riqueza de la vida; y que permite en el adulto realizar a satisfacción los anhelos de cultura y progreso que en todo individuo despierta la escuela.

Esas bibliotecas son, con razón, consideradas como la Universidad Popular de aquella nación.

Cierto que Carnegie estuvo seguro, al emprender su obra, de ese espíritu admirable de cooperación que distingue a aquel pueblo; cooperación que ha hecho posible la realización de tantas grandes obras de progreso en bien de la humanidad.

Carnegie ha donado a Estados Unidos más de dos mil bibliotecas, valuadas en más de sesenta millones de dólares. Carnegie es, sin duda, el ciudadano que más ha contribuido económica y moralmente al engrandecimiento de las bibliotecas americanas y, por consiguiente, de la cultura de aquel país.

Lástima grande es, en verdad, que las autoridades responsables de la educación en Cuba no se hayan detenido a pensar en la importancia de la generosa obra de cultura de Andrew Carnegie en la vecina nación del Norte y a estudiar y conocer la gran participación que ha tenido la influencia de la biblioteca popular en el desenvolvimiento y progreso de la educación de aquel país.

¡Cuán provechoso sería utilizar aquellas experiencias en nuestro país!

Precisamente en Cuba, cuyos grandes problemas nacionales que hoy confrontamos: falta de autoridad, de moral, de respeto, de civismo, y que por el incremento y curso que van toman-

do ya inquietan profundamente a los ciudadanos conscientes, son esencial y únicamente causadas por una dejadez absoluta de la educación popular.

Ciertamente, si esas experiencias fueran tomadas en consideración, no tendríamos que deplorar el lamentable estado de completo abandono en que se mantiene a la llamada Biblioteca Nacional, que se supone deba ser la más importante y mejor atendida de todas las bibliotecas de Cuba.

Si las autoridades competentes, si los miembros del Patronato quisieran hacer una visita detenida a la B. N., situada en el Castillo de la Fuerza, podrían comprobar el doble estado de abandono en que se encuentra aquel lugar como centro de cultura y como reliquia histórica.

Aquellos salones lúgubres, carentes de aire, sin luz adecuada, con miles de libros, muchos de ellos de inestimable valor, impregnados de polvo, deteriorados por la polilla y el comején, son el lugar menos adecuado para pasar horas tras horas, catalogando y clasificando obras.

Aquel salón de lectura, con su rótulo destefido donde difícilmente puede leerse Biblioteca Nacional, con sus techos faltos de pintura y sus paredes sin repello ni color, no es tampoco el lugar a propósito para despertar el entusiasmo de aprender en la juventud que allí acude.

No es por cierto aquella entrada al edificio, de paredes manchadas, sucias, con talanqueras por puertas; ni aquel montón de cajas y trastos inservibles; ni los latones de basura; ni el cuarto hecho de tablas, repleto de inmundicias, donde se alberga el guardián de la B. N., y que como ésta presenta un aspecto de ruina, lo más edificante para ser expuesto a las curiosas miradas de los turistas que hacia allí se encaminan y salen tal vez convencidos de que en ese estado de descuido y desorden pueda encontrarse nuestra cultura nacional.

Completamente inadecuado es este edificio para una biblioteca nacional: por su situación, por su tamaño, por su disposición, tal vez sería más apropiado para un museo. Pero, ya que todo hace presumir que será indefinido su alojamiento allí, bien podría siquiera limpiarse, repararse y acondicionarse para el objeto a que se destina actualmente.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2

De nada vale el entusiasmo del señor Villanueva y su dedicación a la B. N., ni el afán de cooperar de los empleados, algunos espontáneamente convertidos en mozos de limpieza para hacer más tolerable el ambiente, ya que la biblioteca dispone de un solo sirviente para atender a todo el edificio, si no se cuenta con el decidido apoyo oficial, moral y económico, para mantener esta institución a la altura que merece, dotándola de todo lo indispensable para su buena administración y cuidado, y también de personal suficiente e idóneo.

Mientras no sea posible prestarle la ayuda inmediata que requiere, debe por lo menos prohibirse la entrada allí a los turistas, siquiera sea por prestigio nacional.

¡Las tradiciones deben conservarse con respeto y decoro!

T. B.

M, ay 28/47



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA